

Capítulo I: El comienzo de la aventura del valeroso técnico

La historia de nuestro valiente técnico comienza en un momento difícilísimo de su vida, donde el coraje que un día tuvo para emprender nuevas aventuras y apostar por la creación de empresas, abandonando la seguridad de un puesto de dirección en una de las firmas más importantes de España, había terminado por chocar con los gigantes de la crisis.

Se encontraba sin ánimo para volver a levantarse, vivía la vida como una lenta caída de hojas de un calendario ajeno, cuando una noche, en medio de una de sus recurrentes pesadillas, se encontró en el Camino de Santiago, andando con esfuerzo por una ruta lluviosa y sintiéndose extrañamente ilusionado.

El despertador le sacó de su sueño, frustrando sus gozosas sensaciones, pero el recuerdo ya no se lo pudo quitar de la cabeza, lo que provocó que los días siguientes su cansado corazón bombeara con un ritmo más ilusionado de lo habitual.

En busca de la razón de su espontánea ilusión siente la certeza de que su dios le había lanzado el reto de hacer el camino, que termina aceptando empujado por su madre, venciendo las perezas acumuladas en años de dejarse llevar por la desesperanza.

Se anima pensando que quizá sea la oportunidad de abandonar su estado de frustración depresiva, analizando en su interior los momentos de la vida en los que tenía sueños, no para averiguar cuándo los perdió, sino para buscar unos nuevos.

Según va planificando el camino se siente como un peregrino más, empezando a especular que quizá pueda tomar prestado el espíritu del viajero como fuente de energía para buscar nuevos objetivos personales.

Llegado por fin el día de la partida, con una ilusión similar a la que tuvo de niño cuando iba de campamento, llenó la mochila de deseos, mezclados con el equipaje que decide adecuado para la travesía. Recordó con nostalgia que cuando empezaba una obra también tenía que incluir en la mochila, junto con el casco, todas sus capacidades para afrontar el reto con la misma idea del camino: «siempre hacia delante».

Más por «el qué dirán» que por su condición lectora decidió incluir en la mochila su Reader, sin mucha intención de encenderlo salvo como recurso en las noches en soledad. Eligió, con muchas ínfulas, los dos libros de aventuras más grandes jamás escritos, la Biblia y el *Quijote*, pensando que, acompañado de semejante lectura, quedaba protegida su amplia incultura ante conversaciones más o menos profundas con cualquier peregrino.

Le gustaba pensar que eligió la Biblia en homenaje al dios que le empujó a iniciar el camino y al Santo que le esperaba al final. La elección del *Quijote* tuvo más que ver con el azar, era simplemente el libro que venía grabado en el aparato; lo que le hizo gracia, pues aunque lo había intentado alguna vez, casi siempre obligado, nunca había sido capaz de pasar del capítulo de los molinos.

La aventura se inició al subirse al tren en Madrid, rumbo a la estación de la ciudad que había elegido como lugar de inicio del camino hacia Santiago y que había planeado hacer andando en soledad. El tra-

yecto nocturno se le hizo eterno porque lo improvisado de la decisión le obligó a viajar en una incómoda butaca, en lugar de en una litera — que le hubiera permitido descansar un poco el cuerpo—, intentando dar alguna cabezada entre los saltos de un tren que se desplazaba por unas vías no tan modernas.

Siempre había envidiado a los amigos capaces de dormir sentados por ser imposible para él, por lo que decidió empezar a leer el *Quijote*; pero llegó pronto la noche, se atenuaron las luces del tren y la lectura se complicó para quien tiene la mirada tan confundida entre la miopía y la vista cansada.

Fue en el silencio nocturno, con el traqueteo del tren, cuando empezó a enfrentarse con los recuerdos de su vida desde donde su aflicción le permitía.